

EL PERIQUILLO SARNIENTO DE FERNÁNDEZ DE LIZARDI Y LOS PROBLEMAS TEXTUALES DE LAS CUATRO PRIMERAS EDICIONES

Carmen Ruiz Barrionuevo
Universidad de Salamanca



I. UNA NOVELA ENTRE EL PERIODISMO Y LA ILUSTRACIÓN

Aunque toda la vida y la obra del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) está marcada por el periodismo y por la defensa de las ideas nacidas de la Ilustración: el reformismo, la filantropía, el racionalismo, el utilitarismo, el liberalismo y un optimismo vital que promociona su ilimitada confianza en el hombre, es sobre todo conocido por ser el autor de la que se considera primera novela escrita en América, *El Periquillo Sarniento* (1816)¹.

Su tiempo, aunque entrado el siglo XIX, es todavía el de esa Ilustración americana que comienza a mediados del siglo XVIII y llega hasta 1830; tampoco su figura podría entenderse si no se adscribiera a los acontecimientos de la Independencia mexicana, situada entre las fechas del levantamiento de Hidalgo en 1810 y el desenlace de la entrada de Iturbide en México en 1821. Dado el tiempo conflictivo en que vivió resulta congruente que en el

¹ Aunque las discusiones sobre la existencia de la novela en América en la época colonial han entrado en vericuetos de complicada evaluación al tenerse en cuenta textos fronterizos o interpolados en las crónicas, resulta difícil arrebatar a Lizardi ese carácter de iniciador con la plenitud de todos los factores, incluso por la repercusión de un público lector. Un elemento que hay que considerar es que una cosa es la ficción breve, y otra la ambiciosa perspectiva del autor de novelas. Véase el trabajo de Cedomil Goic que apoya esta ampliación: «La novela hispanoamericana colonial» en *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, tomo I, Época Colonial, Luis Íñigo Madrigal (Coord.), Madrid, Cátedra, 1982, pp. 369-406. La ficción en la época colonial ha vuelto a revisarse en un estudio reciente: Enrique Pupo-Walker, «El relato virreinal», en *El cuento hispanoamericano*, Enrique Pupo-Walker (Coord.), Madrid, Castalia, 1995, pp. 55-77.



Pensador Mexicano, –pseudónimo que usó desde 1812– iluminismo y catolicismo, –siguiendo las pautas de su admirado Feijoo²–, se combinan en sus lecturas y los intereses reformistas encuentren en el periodismo un marco propicio. –No es casual que aparezcan por estas fechas y a lo largo del continente, publicaciones como el *Papel periódico* de La Habana (1790-1804), el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* de Bogotá (1808-1811), el *Diario de México* (1805-1817), la *Gaceta de México* (1784-1809) y el *Mercurio Peruano* (1791-1795) entre otras–. De este modo y cubriendo la nueva necesidad ciudadana la ocupación de periodista se irá convirtiendo en los países de América en medio para la difusión del pensamiento y Fernández de Lizardi asumió antes que nada este oficio, el de periodista, que facilitaba su labor de divulgador de las ideas. Otra cosa fue que se viera obligado a defender sus puntos de vista mediante otros medios, al tener que postergar la hoja periódica y el folleto, y a utilizar sus dotes narrativas en un obra de ficción: una novela. Es así como da la luz en 1816 *El Periquillo Sarniento*.

Si la promulgación de la libertad de imprenta que trae la Constitución de Cádiz (1812) propicia la salida a la calle del primer número de su primer periódico *El Pensador Mexicano*, y sucesivamente otros títulos periodísticos, será la interrupción de esa misma libertad en 1816, –a medida que se va extendiendo el ideario liberal independentista la censura adquiere mayor presión– la que lo lleve a utilizar el instrumento de la novela, aunque como sabemos a comienzos del siglo XIX, a consecuencia de las ideas neoclásicas las obras ficcionales se consideran contrarias a las buenas costumbres sociales y a la moral pública. La misma inquietud se advierte en la obra de Lizardi, el maestro del joven Periquillo aconseja para su educación:

«El hombre feliz, Los niños célebres, Las recreaciones del hombre sensible u otras obritas semejantes; pero que nunca convenía que yo leyera [nos dice por boca de Perico] *Soledades de la vida*, las *Novelas de Zayas*, *Guerras civiles de Granada*, *La historia de Carlo Magno* y los *doce pares*, ni otras boberas de estas, que lejos de formar, cooperan a corromper el espíritu de los niños, o disponiendo su corazón a la lubricidad, o llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas»³.

² Véase Jefferson R. Spell: «Fernández de Lizardi: The Mexican Feijoo», en *The Romantic Review* (1926) IX, pp. 338-348.

³ José Joaquín Fernández de Lizardi: *El Periquillo Sarniento* en *Obras*, VIII-*Novelas*, Pról., ed. y notas Felipe Reyes Palacios, México, UNAM, 1982, pp. 71-73.

Y sin embargo, cuando a Lizardi se le plantea la necesidad de sustituir sus publicaciones periodísticas, piensa en la novela, porque a pesar de los inconvenientes, le resultaba enormemente atractiva como vehículo de comunicación. Aunque su propósito reformador le impusiera una ficción distinta: una novela moralizadora, cuyos personajes serían tipos más que individuos. Como el mismo autor explica en la «Apología del Periquillo Sarniento»:

«Sé que una de las reglas es que la moralidad y la sátira vayan envueltas en la acción y no muy explicadas en la prosa; y yo faltó a esta regla con frecuencia, porque estoy persuadido de que los lectores para quienes escribo necesitan ordinariamente que se les den moralidades mascadas, y aún remolidas, para que les tomen el sabor y las puedan pasar, si no saltan sobre ellas con más ligereza que un vena-do sobre las hierbas del campo»⁴.

Al objetivo didáctico, siempre patente en sus escritos, se unía otra circunstancia: la económica; las novelas se vendían bien, y si su autor no podía contar con el periodismo como medio de vida, –Lizardi constituye el primer ejemplo de escritor que depende única y exclusivamente de su trabajo como tal– la novela con la costumbre de las sucesivas entregas, podría sustituirlo con facilidad.

Es posible también que si la disposición de la novela venía condicionada por este propósito didáctico y moralizante, el modelo que surgía ante su pluma, con todo su prestigio, era el de la picaresca⁵, pues en él se aunaba la moralización con la ficción que proporcionaba divertimento, aunque tampoco puede descartarse que pesara en él cierta afinidad con el periodismo pues su intencionalidad de escribir una «miscelánea divertida, crítica y moral» puede presentar nexos de convergencia con la prensa del

⁴ José Joaquín Fernández de Lizardi: «Apología de *El Periquillo Sarniento*», artículo inserto en los números 487 y 488 de 1 y 15 de febrero de 1819 del *Noticioso General*. Reproducido en el tomo VIII de las *Obras*, *ibid.*, pp. 24-25.

⁵ Alfonso Reyes ya señaló que «la Novela Picaresca es responsable de nuestro *Periquillo Sarniento*; que de aquellos *Guzmanes* vienen estos *Periquillos*» (*Obras Completas*, vol. IV, México, F.C.E. 1956, pp. 169-170). La relación entre las dos obras ha trascendido lo anecdótico para convertirse, en la pluma de muchos críticos, en una cuestión primordial: si *El Periquillo* entronca con la novela picaresca española, es una obra de poca originalidad o de ninguna; si se niega cualquier tipo de relación puede ser el prototipo del mexicanismo que emerge en el momento inaugural de la independencia. Franz García de Paredes analiza bien el problema en «*El Periquillo Sarniento* y lo picaresco» en *Revista de la Lotería* (1972) 102, pp. 41-47.





siglo XIX, como ha intentado demostrar Jean Franco⁶. La conexión con el periodismo propiciaba la fluencia de comunicación y por su medio la introducción de una reglamentación racional que ordenara toda la sociedad. Nada mejor entonces que los ejemplos que esta estructura engarzaba. Tampoco podemos olvidar que la picaresca presentaba un modelo fácilmente organizable para su propósito, el predominio de la primera persona narrativa, la disposición de los episodios, la subordinación del resto de los personajes al protagonista, la facilidad de una crítica que ejemplifica desde un Periquillo ya «convertido» en el final de sus días, con lo que se acentúa la posibilidad de mejorar a la sociedad y a los seres humanos.

La defensa del carácter picaresco de la novela por parte de críticos tan importantes como Alfonso Reyes, no ha desviado la atención de otros análisis entre los cuales destaca el de Noël Salomon que lo aborda desde el punto de vista sociológico al señalar que constituye un «relato novelesco y vivo del proceso por el cual un individuo de la clase media mexicana puede caer en el pantano social de los vagabundos y léperos»⁷. Se ponen así de relieve algunos de los valores más importantes de la novela: la utilidad de las clases sociales, el rechazo de la nobleza heredada, la objeción ante el sistema de mayorazgo, la crítica al sistema económico español que se basaba en las explotaciones mineras marginando las labores agrícolas. También ha sido interpretada desde el punto de vista de su mexicanismo, y en este sentido, uno de los trabajos más originales es el que realiza Agustín Yáñez⁸ al valorar el realismo de Lizardi muy próximo al criterio del «pelado», que para él no puede confundirse con el del «pícaro» o «lépero». «Pelado» es la denominación despreciativa que se aplica a las personas que se consideran inferiores y que a pesar de todo tienen la audacia de obrar y pensar de forma espontánea. El «pelado» como Periquillo es escéptico en muchos momentos de su vida, individualista, exento de disciplina y muy realista, en una época en que se van afianzando los valores nacionalistas y se aprecia de manera crítica la situación de la colonia. Esta actitud explicaría también su lenguaje y el estilo de la novela, la llaneza expositiva, las frases familiares, el uso de locuciones del

⁶ Véase Jean Franco: «La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia» en *Hispanérica*, (1983) 34-35, pp. 4 y ss.

⁷ Noël Salomon: «La crítica del sistema colonial de Nueva España en *El Periquillo Sarniento*» en *Cuadernos Americanos* (1965) XXIV, p. 167.

⁸ Agustín Yáñez: Estudio preliminar a *El Pensador Mexicano* de José Joaquín Fernández de Lizardi, México, UNAM, 1979.

momento. Porque al Pensador Mexicano no le preocupa su lenguaje, le preocupa describir con naturalidad y lo más próximo a la vida, tal vez porque su labor tenía raíz y estímulo en la letra periódica que propiciaba de modo rápido la comunicación con sus conciudadanos. Con lo que convencimiento y diversión aparecían felizmente fusionados en su novela.



II. EL PROBLEMA DEL TEXTO

Pero es justamente, *El Periquillo Sarniento*, entre las obras del siglo XIX en América, la que presenta mayores dificultades en la fijación de su texto. Puede asegurarse que la azarosa vida del Periquillo también corre paralela a la biografía de su autor: defensa de sus ideas ilustradas, prisión, excomunión⁹. En el caso de la novela las dificultades aparecen en el mismo momento de su publicación, incompleta en la vida del autor, con dos ediciones trucas: la primera en 1816 que no pudo ver impreso el último volumen y la segunda, en 1825, con un único tomo. Es sabido que la tercera, la primera completa, apareció en 1830-1831, tres años después de la muerte del escritor. Y que la cuarta, con mayor número de variantes respecto a las anteriores, salió a la luz en 1842.

Pero resulta necesario referirse a algunos aspectos de la compleja historia de estas cuatro ediciones. La primera edición de 1816 que llevaba en su portada el título de *El Periquillo Sarniento* por el Pensador Mexicano, —título que se mantendrá en las sucesivas— fue impresa en la Oficina de don Alexandro Valdés de la ciudad de México, y fue distribuida en pliegos sueltos y en progresivas entregas; llegaron a aparecer tres volúmenes con doce capítulos cada uno. El cuarto tomo fue aprobado por el censor «ordinario», pero el «alcalde del crimen» lo pasó a su superior, quien ordenó que se archivara y se prohibiese la impresión. La causa era que el autor manifestaba su opinión tajante en con-

⁹ Aparte de las referencias autobiográficas que aparecen en sus escritos, la biografía de Fernández de Lizardi ha sido estudiada por Luis González Obregón: *Novelistas Mexicanos. D. José Joaquín Fernández de Lizardi. Apuntes biográficos y bibliográficos*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1888; 2.^a ed. con rectificaciones de Jefferson R. Spell, México, Botas, 1938. Jefferson R. Spell: «The life of Fernández de Lizardi» en *Bridging The Gap. Articles on Mexican Literature*, México, Ed. Libros de México, S. A. 1971. Datos importantes ha aportado Nicolás Rangel: «El Pensador Mexicano. Nuevos documentos y noticias biográficos» en *El Libro y el Pueblo* (1914), 4, 10-12, pp. 41-50.

tra de la esclavitud de los negros, aduciendo la incompatibilidad de este comercio con las creencias cristianas:

«Lo que me admira y me escandaliza [dice por boca del negro] es ver estos comercios tolerados y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones donde reina la religión de la paz, y en aquellas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo» [y] «si ustedes saben cómo se concierta todo esto, os agradeceré me lo enseñéis, por si algún día se me antojare ser cristiano y comprar negros como si fueran caballos»¹⁰.

El capítulo en cuestión se titulaba: «Refiere Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro y una discusioncilla no despreciable» y debió parecer demasiado atrevido, por lo que la Inquisición hubo de intervenir para retener un libro que manifestaba opiniones en contra de un comercio permitido por el rey. Es sabido que aunque la Constitución de 1812 prohibió la esclavitud, no llegó a hacerse realidad por las presiones de los hacendados del azúcar en Cuba.

Tenemos la prueba de que Lizardi no se desanimó, creía en sus ideas y había hecho de su pluma el medio de ganar el sustento suyo y de su familia, por lo que trató por otros medios de dar por terminada su historia. En 1938 Ernest R. Moore encontró un ejemplar del tomo III de la primera edición en el que halló, además del texto impreso, un apéndice manuscrito con el siguiente título: *El Periquillo Sarniento, tomo IV, extractado por el Pensador Mexicano, año de 1817*. En el comienzo el autor explicaba que había usado este procedimiento para dar término a su novela sin ir en contra de las «órdenes superiores». Y bajo el epígrafe «La aventura más fatal de Periquillo Sarniento» expresa con ironía: «La aventura más fatal que acaeció a Periquillo fue haberse encogido en su cuarto tomo». Gracias a este descubrimiento de Moore sabemos que Lizardi contrató a una serie de copistas que manualmente difundieron el final de la novela y así los lectores pudieron conocer el final de la historia. Una vez más sin embargo, a través del texto conocemos datos de suma importancia sobre las condiciones de vida y publicación de los textos de Lizardi, su total dependencia del público lector, el interés de sus conciudadanos, el funcionamiento de su literatura mediante suscriptores:

¹⁰ José Joaquín Fernández de Lizardi: *El Periquillo Sarniento* en *Obras*, op. cit., IX-*Novelas*, pp. 216-217.

«He aquí la aventura más fatal, no sólo para Periquillo, sino para mí, para el impresor, para los suscriptores, y para el público. A todos nos interesaba la conclusión de la obra sacándola de aquellas distantisímas regiones. A Periquillo para acabar de contar sus desgracias, y volver por su crédito cuando refiero su conversión y mudanza de conducta: a mí para quitarme de encima tantos curiosos que todos los días me preguntan por su salud antes que por la mía: al impresor para que se le pagara su dinero: a los señores suscritores [sic] para que se les completaran sus ejemplares: y al público para no quedarse con la obra trunca y la duda cabal del fin del triste Perico»¹¹.

En 1825, dos años antes de su muerte, Fernández de Lizardi intenta reeditar la obra completa y revisada, pero no llegó a aparecer más que un único volumen, el primero, que contiene doce capítulos; tenía el mismo título que la primera pero se hacía notar que era «edición corregida y aumentada por su autor» a la vez que se indicaba que tenía su origen en la Oficina de don Mariano Ontiveros de la ciudad de México. Sin embargo no fue conocida por los estudiosos hasta 1940 cuando de nuevo Ernest R. Moore tuvo la fortuna de hallar un ejemplar de esta edición hasta entonces desconocida¹². En el artículo en que daba cuenta de su hallazgo, aparte de describir el ejemplar encontrado, advierte la complejidad del problema textual que plantea el libro porque «para llegar a establecer el texto definitivo los lizardistas tendrán que comparar la primera, segunda, tercera y cuarta ediciones, además de confrontar el tomo cuarto, con el compendio del mismo que descubrí y publiqué por primera vez hace un año»¹³. —Se refiere al resumen del tomo cuarto de la novela al que nos hemos referido anteriormente—. La situación se agrava si se tiene en cuenta que este ejemplar desapareció, y hoy en día sólo se con-

¹¹ Véase Ernest R. Moore: «Un manuscrito inédito de Fernández de Lizardi: 1. Ensayo crítico. 2. El manuscrito» en *Aside* (1939) III, 11, pp. 3-13; 12, pp. 3-30.

¹² Ernest R. Moore: «La desconocida segunda edición del *Periquillo*» en *Revista de Literatura Mexicana* (1940) I, pp. 307-317. Sabemos que el 11 de enero de 1825 Lizardi anunció a través de *El Sol* y *La Gaceta del Gobierno* que iba a publicar la segunda edición de su novela. En efecto Moore tuvo la suerte de encontrar uno de esos ejemplares en la biblioteca donada por el rico minero californiano Sutro, que al morir legó sus libros a la ciudad de San Francisco. De esta bibliografía ha realizado el catálogo Paul Radin: *Some newly discovered Poems and Pamphlets of J. J. Fernández de Lizardi* (*El Pensador Mexicano*), dirigida, comentada y anotada por Paul Radin. California, State Library San Francisco, Sutro Branch, 1938-1940.

¹³ Ernest R. Moore: «La desconocida segunda edición del *Periquillo*», loc. cit.



serva un microfilm bastante defectuoso que tomó Jefferson R. Spell¹⁴.

Dadas las circunstancias apuntadas, la tercera edición de *El Periquillo Sarniento* es la primera completa, aunque fue publicada en 1830-1831, varios años después de la muerte de su autor. Tenía el mismo título que las anteriores, se indicaba que era la «tercera edición corregida y aumentada por su autor» y figuraba como impresa en la Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo. Apareció en cinco volúmenes con la siguiente distribución de capítulos: 13 capítulos el primer tomo; 10 capítulos los tomos segundo, tercero y cuarto; y 9 capítulos el quinto. A partir del capítulo IV, volumen cuarto, aparece el texto inédito hasta ahora que corresponde al cuarto tomo de la primera edición.

La cuarta edición apareció en 1842 en cuatro tomos y con otra distribución: 14 capítulos el primer tomo; 11 el segundo y tercer tomo y 16 capítulos el cuarto tomo. El título permanece invariable y se indica que es la «Cuarta edición corregida, ilustrada con notas». Además se añaden nuevas secciones: «Ligeros apuntes para la biografía del Pensador» cuyo autor tal vez sea el editor Galván Rivera, y «Apología de *El Periquillo Sarniento*» que el propio Lizardi publicó en el *Noticioso General* en 1819.

El problema fundamental de la fijación del texto de *El Periquillo Sarniento* reside en las variantes que introducen las sucesivas ediciones, sobre todo en las ediciones tercera y cuarta, demasiado distantes en el tiempo de la vida del autor. Las dudas en torno a dichas correcciones se han ido imponiendo entre los estudiosos. Después de Moore ha sido el lizardista norteamericano Jefferson Rea Spell quien mejor ha planteado el problema al publicar en 1963 un estudio comparativo del texto de las cuatro ediciones. En este trabajo reconocía que las tres primeras estaban más próximas al espíritu del autor pero admitía que el texto de la cuarta era el que había tenido una mayor fortuna y se había hecho habitual entre los lectores. El mismo Spell lo utilizó como base de su edición de la novela en 1949¹⁵ si bien aclaraba haber realizado el cotejo de las precedentes, pues destacaba que

¹⁴ Datos fundamentales acerca de los ejemplares conocidos de la novela pueden encontrarse en el artículo de Ernest R. Moore: «Una bibliografía descriptiva. *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi» en *Revista Iberoamericana* (1946) X, pp. 383-403.

¹⁵ José Joaquín Fernández de Lizardi: *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, Col. Escritores Mexicanos, 1949; véase también: Jefferson Rea Spell, «A textual comparison of the first four editions of *El Periquillo Sarniento*, en *Hispanic Review*, (1963) XXXI, pp. 134-147.

donde dicha edición contenía errores evidentes, había introducido enmiendas, consultando los textos de 1816, 1825 y 1830-1831, aparte de haber tenido en cuenta otras ediciones posteriores.

El problema ha vuelto a plantearse en la pasada década con la aparición en 1982 de la edición mexicana de la UNAM, cuyo autor Felipe Reyes Palacios llega a afirmar con más precisión que «toda nueva edición que de ella se pretenda hacer debe necesariamente partir de la comparación de las primeras cuatro, atendiendo a las características que las distinguen y al momento en que fueron publicadas»¹⁶. Así, después de analizar los problemas que plantean las sucesivas ediciones y la imposibilidad de lograr el auténtico texto de Lizardi, concluye el crítico citado que «en vista de todo lo anterior, nos parece que una edición comparativa queda plenamente justificada»¹⁷. Por eso su trabajo nos ofrece la posibilidad excepcional de poder seguir la evolución del texto, y con esta intención se ha tomado como base la primera edición para la parte publicada en 1816, y para el resto, la tercera. La edición citada de la UNAM es la que en estos últimos tiempos ha presentado con mayor lucidez el problema y ofrece la ventaja de aportar un material valiosísimo para posteriores estudios.

III. UNA PROPUESTA DE EDICIÓN

Dentro de esta misma línea hemos trazado nuestras reflexiones, con la prudencia que ello requiere, con el fin de poder llegar a algunas conclusiones que nos permitan poder acercarnos a un texto lo más próximo posible a la pluma del escritor.

El problema fundamental que se nos presenta es el de las sucesivas correcciones que cada edición va introduciendo en el corpus de la novela, respecto a las cuales lo único seguro es que las enmiendas que aparecen en el único tomo de 1825 se deben a la pluma de Fernández de Lizardi. Observando el texto comparativamente del primer tomo de la primera y de la segunda ediciones, comprobamos que estas correcciones son numerosas, y

¹⁶ Véase Joaquín Fernández de Lizardi: *Obras*, VIII, *Novelas. El Periquillo Sarniento* (Tomos I y II); *Obras*, IX, *Novelas, El Periquillo Sarniento* (Tomos III-V), *Noches tristes y día alegre*, prólogo, edición y notas de Felipe Reyes Palacios, México, UNAM, 1982. La cita aparece en la página XXXIX del primer tomo.

¹⁷ *Ibid.*, p. XLIV.





que entre ellas existe una parte que llama la atención; son las variantes que reflejan la diferencia de pensamiento del escritor en los años transcurridos. Tales correcciones se fundamentan en los cambios producidos en la historia de su país. Son variantes de distinta extensión que requieren un análisis cuidadoso. La mayor parte afecta a lo que podemos llamar cierta secularización de los temas religiosos, y otras al cambio de la situación política. Veamos algunos ejemplos. Así «los santos Evangelios»¹⁸ se convierten en «los cuatro Evangelios» (p. 46); «los reyes católicos» (p. 56) en «los reyes y los gobiernos»; «señor virrey» (p. 79) pasará simplemente a «virrey»; «santo prelado» (p. 183) se convierte en «buen prelado»; en otro momento al criticar la falta de profesores que enseñen ortografía dice en la primera edición: «aunque no son tantos cuantos se han menester en una ciudad como México», frase que puede entenderse como una crítica de la dominación española y que es suprimida en las sucesivas ediciones añadiendo en nota: «Este abuso se va corrigiendo un poco en el nuevo sistema de gobierno; pero falta mucho para que desaparezcan del todo barbarismos de los lugares públicos. Donde más se notan es en el cartel del Coliseo» (p. 60). Es evidente que Lizardi pretendía ser en estos años comprensivo con la nueva situación política derivada de la Independencia.

Otras omisiones de tipo religioso que tienden a suavizar las creencias aparecen con alguna asiduidad. Así elimina: «como que son imágenes de Dios» (p. 63) refiriéndose a los hombres como semejantes según la definición de la doctrina católica. En el mismo sentido encontramos varias correcciones en el capítulo III donde se omite «rezar el rosario» (p. 74) para incluir sólo «rezar», o también la supresión de frases como las siguientes: «como que no es repugnante a su ser maleado por la culpa original» (p. 74), o «de la naturaleza humana corrompida por la culpa» (p. 74); o esta otra que también omite: «Así se explicó un gentil que no conoció la ley de Jesucristo. Conque hijos míos, no olvidéis estas leccioncitas cuando seáis padres» (p. 76). También elimina significativamente en la segunda edición una frase como: «testimonio de la utilidad de los jesuitas en el Reino» (p. 96); más adelante la expresión «filósofo católico» se convierte en «filósofo verdadero» (p. 123) y «sagrada teología» dará lugar a «teología» (p. 160) o se elimina la frase «costumbre cristia-

¹⁸ A lo largo de este trabajo utilizaremos la edición ya citada de la UNAM; de aquí en adelante añadiremos las páginas entre paréntesis. Cuando citemos el texto del volumen IX, lo indicaremos con la referencia IX.

na que siempre observé en la casa de mis padres y que después he tenido que extrañar en las más de los señores» (p. 173). Igualmente se omite una nota sobre el trabajo y utilidad de los sacerdotes y la justificación de sus privilegios (p. 195); el mismo sentido tiene la sustitución de la expresión «como cristiano» (p. 205) por «hombre de bien». Estas enmiendas pasan en su totalidad a las sucesivas ediciones, lo que nos podría dar una pauta de la nueva situación y de la intencionalidad del autor al corregir su obra.

Otras variantes responderían a lo que pudo considerar el escritor un exceso de doctrina, de sermoneo, o aún de retórica. De este modo omite una frase como «El Espíritu Santo dice expresamente a los padres: *Azótalo cuando es niño, no sea que te pese cuando sea joven*» (p. 56); elimina también una larga nota sobre los hipocorísticos y los apodos (p. 61), tal vez porque la juzga superada o en exceso larga; también hace desaparecer un párrafo en el capítulo IV que se refiere a la excesiva condescendencia con la esposa (pp. 87-88); otro en el que habla de la curiosidad como inclinación natural de la mujer, —párrafo en el que aduce como testimonio el consabido ejemplo bíblico de Eva en el Paraíso (p. 89)—; otros ejemplos son la larga digresión omitida en el capítulo V sobre la felicidad que produce la virtud, a la vez que desaconseja el excesivo apego a los bienes materiales; o la también extensa del capítulo VIII que argumenta contra los malos amigos (p. 137), o la que aconseja no descubrir los secretos a los demás (p. 144), o la eliminación de otro párrafo que insiste sobre el comportamiento del hombre prudente. En el mismo sentido hace desaparecer las líneas que insisten en la devoción piadosa a la Virgen María a la vez que recuerda lo inevitable de la muerte (p. 207-208). En cuanto a la larga digresión de veintidós párrafos omitida en el capítulo XII, la decisión fue afortunada, porque repite en exceso ideas ya vertidas anteriormente: los malos consejos de los amigos, el mal ejemplo de Eva, los malos consejos de los familiares, la superioridad del hombre sobre la mujer (p. 198-204). También en este caso las correcciones perduran en las sucesivas ediciones.

Entre las enmiendas de otro tipo resaltamos las correcciones gramaticales que afectan de un modo u otro al sentido, es el caso de «debía tener» (p. 28) por «tenía»; «se atrevería» (p. 29) por «se atreviera», con lo que mejora la concordancia verbal; «había de hacer» (p. 37) por «debía de hacer»; la omisión del verbo en «según son los estilos» (p. 57); «tuviera» (p. 80) por «hubiera»; «reprochado» (p. 85) por «reprobado»; «ciscarme» (p. 115) por





«correrme» o «ciscaba» (p. 141) por «avergonzaba», –corrección acertada por el sucio significado del verbo–; «acobardaban» (p. 143) es corregido por «acobardan» con lo que se mejora también la sintaxis y la concordancia verbal; lo mismo sucede con la sustitución de «ocupa» (p. 148) por «ocupe». En otros casos sin embargo la sustitución es menos feliz, como en la frase: «hubiera sido un error grosero decir que sobraba» (p. 159) cuyo último verbo se sustituye por «sobra»; en otros momentos la mayor conveniencia de la variante puede ser dudosa, como en este ejemplo: «Esto es lo que harás tú si quisieres que no se te haga» por «si quieres».

Es decir, que del análisis de las variantes de los primeros tomos de las dos primeras ediciones se deduce que no siempre mejora el sentido en la segunda edición aunque sí en un tanto por ciento elevado. Lo mismo puede observarse en cambios más reducidos pero significativos en cuanto afectan al uso de los pronombres. Algunos ejemplos nos ilustran sobre la inclinación de sus correcciones: la omisión de «le» en la frase «le levantas mil testimonios a sus padres» (p. 30); la eliminación de «lo» en la frase «cuyo contenido lo leí tantas veces» (p. 206); o la rectificación del laísmo en «por no darla pesadumbre» (p. 53)¹⁹. En todos estos casos tiende a reducir el pleonismo o a evitar incorrecciones del lenguaje.

También resulta significativo que el escritor modere ciertos vulgarismos y actualice los numerales, aparte de corregir algunas erratas evidentes de la primera edición. Ofrecemos algunos ejemplos: «Dispertaban» (p. 51) es sustituido por «despertaban»; «legañoso» (p. 62) por «lagañoso»; «divertimento» (p. 108) por «divertimiento», o la sustitución de «echa» (p. 176), más anticuado, por «vez»; o «bostecear» (p. 196) por «bostezar». Una corrección de errata evidente aparece en la frase «creyendo [con] este tono corregir» (p. 111), también lo parece la adición de «en» en la frase «no había más que saber [en] esa facultad» (p. 120). En cuanto a la actualización de numerales, el caso más saliente es el que afecta a la edad del protagonista que si en la primera edición había nacido en 1755, en la segunda en 1775 (p. 45), fecha que por otra parte admite la tercera edición y rectifica la cuarta situando su nacimiento de 1771 a 1773.

Como ya indicamos, todas estas variantes introducidas en el primer tomo de la segunda edición son incluidas en el texto de la

¹⁹ Acerca del uso del laísmo y del loísmo, véase la edición de Reyes Palacios (UNAM) *op. cit.*, p. 53.

tercera edición salvo en dos ocasiones que hemos advertido²⁰. En ambos casos puede tratarse de simples erratas por su poca relevancia. Podemos pues, aceptar que tales correcciones responden al autor del texto, es decir al Pensador Mexicano. Sin embargo lo que resulta más complejo de comprobar es si Lizardi introdujo otras variantes antes de su muerte, pues el primer tomo de la tercera edición introduce correcciones nuevas –si bien en número mucho más escaso– que aunque no afectan a grandes párrafos sí varían aspectos morfológicos, sintácticos y gramaticales. Las más numerosas atañen a los verbos y los pronombres, tanto a la adición como a la supresión²¹ así como a algunas expresiones²². Pero lo cierto es que no hay supresiones ni alteraciones exageradas en este primer tomo de la tercera edición en relación a la segunda; notemos que las frases más largas que introduce son las siguientes: «jóvenes de ambos sexos y en especial las niñas» (p. 191); «y de las ridiculeces de los frailes, como yo decía» (p. 204). También se sustituye un «Sé fiel a los reyes» (p. 206) por un «Sé fiel a los gobernantes», cuya no rectificación en la segunda edición podría deberse a error en la actualización del texto, ya que, como hemos observado, las modificaciones del primer tomo de la segunda edición se orientan en este sentido. No obstante lo dicho, las diferencias no pueden compararse, ni en la extensión, ni en la entidad, con las que aparecen en la segunda edición. Tampoco desdican el criterio que se venía utilizando aunque tengamos la duda de que al menos una parte pudiera provenir de la mano del editor.

Siguiendo con la tercera edición y comparando la parte no publicada en 1825 con el texto correspondiente de la primera, observamos que las correcciones introducidas son también muchas. Se advierte con claridad que omite varios párrafos y diversas notas a pie de página en cuya corrección se ajusta a la misma pauta que en el primer tomo de la segunda edición. Podemos citar

²⁰ Las dos variantes son las siguientes: la expresión «*pro famosiori*» (p. 117) de la primera edición que pasa a la segunda como *pro famitiori*, y a la tercera como «*pro famatiori*»; y la palabra «hijo» (p. 184) que se omite en la segunda volviendo a reaparecer en la tercera.

²¹ Ofrecemos algunos ejemplos: «dedicarle» (p. 32) pasa a «dedicar»; «suscribiéndose» (p. 33) se convierte en «suscribiéndose»; «que no se permitieran» (p. 60) en «no se permitiera»; «mandáramos» (p. 65) se rectifica en «mandábamos»; «llegara» (p. 189) da lugar a «llegaría»; «volver» (p. 204) es corregido por «volverse».

²² Es el caso de «a ros y a bellos» (p. 29) que se imprime como «arros y abellos»; «con despacio» (p. 151) da lugar a «espacio»; y «lo despacio» (p. 176) a «espacio». Este cambio contrario al estilo del autor, da lugar a pensar con fundamento a Jefferson R. Spell que las correcciones de la tercera edición ya no se debían a su pluma (Véase «A textual comparison...», *loc. cit.*, p. 138).





varios momentos significativos: es el caso de la sustitución de «reyes» (p. 235) por «gobernantes», la eliminación de «rey» (p. 236), y de significativas frases como la que sigue: «Términos indecentísimos y contra cuyo abuso de dar semejante nombre a la imagen de Cristo parece que ha fulminado excomunión el Santo Oficio» (p. 320); en otro momento omite: «después que éste [el hombre] se hizo merecedor de las enfermedades por la culpa» (p. 65, IX). Otros párrafos omitidos (pp. 238-239) matizan el énfasis que se ponía en la primera edición en la costumbre piadosa de vestir el sayal de San Francisco, donde se eliminan sobre todo las partes que se referían a las indulgencias y la nota en que se cita la bula del papa Benedicto XIII. En la misma línea de paliar los elementos religiosos y atemperar ciertas opiniones, se suprimen algunas notas (pp. 271-272; y p. 105, IX) en las que se insistía en la importancia de la Divina Providencia, u otras en las que se apostillan las excelencias del catecismo de Juan Martínez de la Parra (p. 330); o la que incide en los innumerables folletos que han aparecido contra las religiones, a la vez que se elimina un párrafo en el que se comentan las censuras de los curas seculares contra los frailes (p. 120, IX). Otras omisiones como las que aparecen en los capítulos IV y V del tomo II (p. 283, 284, 301, 308) inciden en aspectos de costumbres que resultaban tratadas en exceso con anterioridad.

También, al igual que en el primer tomo de la segunda edición, en esta parte se introducen numerosas variantes de estilo —aparte de la corrección de las erratas evidentes, y las que así pueden considerarse—; variantes que afectan a los verbos, a los pronombres, a las partículas, y a la supresión de vulgarismos²³. Hay que hacer notar que a medida que avanza el texto se observa una disminución de las correcciones amplias y un aumento de las que inciden en la morfología y en la sintaxis, es decir, en el estilo. Pero, aunque las correcciones son menores, siguen parecida tónica a las que presenta el tomo I, y sería factible pensar que sobre una primera corrección del autor se sobrepuso la mano del editor cuyas alteraciones afectarían más a los aspectos de estilo últimamente citados.

²³ Algunos ejemplos: «saldrias» (p. 228) por «salieras», «perecerías» (p. 269) por «perecieras»; «elogia» (p. 261) por «elogió»; «formalizará» (p. 417) por «formaliza»; «preguntando» (p. 449) por «preguntado»; «priesa» (p. 241) por «prisa»; «la agua» (p. 293) por «el agua»; «indinos» (p. 333) por «indignos»; «apriesa» (p. 189, IX) por «aprisa»; «en eso» (p. 229) por «con eso». También continúa la sustitución del verbo «ciscar» (p. 65, IX) por «avergonzar» y también la controvertida sustitución de «despacio» por «espacio» (pp. 247, 358, 361, 365).

La cuarta edición presenta variantes de mayor entidad, aparte de incluir la «Apología de *El Periquillo Sarniento*» y «Ligeros apuntes para la biografía de El Pensador Mexicano» cuyo autor pudo ser su editor, Mariano Galván Rivera. Pero lo más curioso es que se advierte que «Las notas con que se ha cumplimentado la presente edición, para que no se confundan con las anteriores, llevarán al fin una E». Tal aclaración resulta insatisfactoria pues aunque en efecto, se sigue esta regla, por ejemplo en la traducción de las frases en latín y en la aclaración de los términos de los jugadores, en otras ocasiones las variantes respecto a la tercera edición son notables: traslados de parte del texto de la novela a las notas cuando se juzga necesario, omisiones de algunas frases, alteración de numerales, etc. Pero lo cierto es que las variantes de esta edición tienden a añadir, a aclarar el sentido; por eso traduce las frases latinas y actualiza los elementos de vestuario, así como ciertas costumbres ya desusadas. Sorprende por ello la nota en la que se habla de un «manuscrito que para esta edición se ha tenido a la vista, y de cuya autenticidad no se responde, aunque no faltan datos para creerlo de El Pensador» y del cual «se han tomado otras correcciones que se advertirán si se compara esta edición con las anteriores»²⁴. Declaración que es difícil de creer o que por lo menos hay que poner en duda.

Estas reflexiones que podrían ampliarse más, pueden llevarnos a la conclusión de que es muy posible que existiera un manuscrito completo de la primera edición corregida por el autor y destinado a la segunda edición; ello justificaría la nota que con el título de «Advertencia precisa» se coloca al frente del texto, y que debe atribuirse a Lizardi pues aparece en el primer tomo de la segunda edición: «Aunque en las advertencias generales se disculpan las largas digresiones, nos tomamos la licencia de acortarlas, así como la de omitir unas notas y añadir otras, con algunas variantes que advertirá si quiere y puede el curioso lector»²⁵. Pero es evidente que sobre este manuscrito procedente de la pluma del autor, el editor pudo introducir sus variantes, cosa que sin duda ya hizo en la tercera edición, pero con mucha más extensión en la cuarta.

Así pues, ante todas estas dificultades, la propuesta que parece más plausible para una lectura más próxima al escritor mexicano sería aceptar ese texto de la tercera edición con todos sus inconvenientes, aunque también parece necesario introducir con

²⁴ Véase ed. UNAM tomo IX, pp. 338 y 403.

²⁵ *Ibid.*, tomo VIII, pp. 17-18.





las debidas indicaciones las notas y aclaraciones de la cuarta. Una edición de *El Periquillo Sarniento* no podrá prescindir de la historia del texto, y ante la absoluta imposibilidad de volver al original de Fernández de Lizardi, creemos preferible tomar como texto básico el de la tercera edición, sin duda menos alterada que la cuarta, —o al menos más segura—. También son importantes para esa misma lectura evolutiva las variantes que introduce en la segunda edición. Pero desde un punto de vista sensato esta cuarta edición no resulta tampoco despreciable y sus variantes han de tenerse en cuenta, al menos en cuanto de útil ofrecen para la clarificación del texto, tanto en lo que se refiere a las notas aclaratorias como en el «Pequeño vocabulario» de voces; y en efecto esto es lo que parece, que la cuarta edición anota, clarifica, acerca mucho más el texto al lector, pues, salida a la luz veintiséis años después de la primera, los usos y las costumbres han ido evolucionando y probablemente el editor se creyó en la obligación de acercar tan importante texto al lector.

ECHEGARAY Y LA «ALTA COMEDIA»

Edgard Samper
Universidad de Saint-Etienne (Francia)



Antes de que la crisis romántica se resolviera en España, que los dramas tan apreciados por toda una generación acabaran por cansar a su público y que los paralizara un lenguaje demasiado convencional ya, antes de dar paso a la «alta comedia» y al teatro «de tesis», José Echegaray fue uno de los mayores admiradores de aquella dramaturgia destinada a lo espectacular. Juzga las obras teatrales según criterios emotivos y no de tipo literario. Si habla poco de la tragedia antigua y de la comedia española, es que tiene un gusto marcado por lo patético, la acción, el movimiento, lo efectista y lo sorprendente, los lances imprevistos y los desenlaces funestos. No parece preocuparle la verosimilitud de las situaciones o de los acontecimientos, ni siquiera la verosimilitud de los personajes ya que privilegia la desmesura y la tensión.

Después de 1850, aunque los dramas de la época romántica que tienen éxito siguen representándose, ya no están de moda los grandes efectos sobrenaturales y fantásticos. Un espíritu más prosaico empieza a asomar y los gustos del público de los principios del reinado de Isabel II se reflejan en el repertorio de aquel entonces. Las comedias de costumbres, a veces inspiradas en Eugène Scribe¹, describen una sociedad burguesa y conservadora que se mueve a gusto dentro de un ámbito refinado.

Echegaray recuerda de esa época lo pintoresco y la sátira del romanticismo que aparecen en las comedias de Manuel Bretón de los Herreros² y en algunas obras de Ventura de la Vega³. De

¹ *Recuerdos*, Madrid, ed. Ruiz Hermanos, 1917, t. II, p. 76. Esos recuerdos (tres volúmenes) son un testimonio indispensable. Echegaray los publicó primero en la revista *La España Moderna*, desde diciembre de 1894 (t. 72) hasta enero de 1911 (t. 271). (Véase, para esta publicación, la tesis de Maryse Villapadierna, *La España Moderna (1889-1914)*, París IV, 1983, bajo la dirección del Profesor Paul Guinard, (t. II).

² *Ibid.*, I, pp. 52, 62, 332; II, p. 40.

³ *Ibid.*, I, p. 332.